

“OTRA VEZ SOPA”: IMÁGENES DE LA INFANCIA Y ESCUELA EN MAFALDA*

Pablo Pineau

Universidad de Buenos Aires/Universidad de Luján, Argentina

A MODO DE INTRODUCCIÓN

En toda enumeración de íconos culturales argentinos de la década de los sesenta, entre los tocadiscos Winco y la expansión del psicoanálisis, se encuentra Mafalda, la genial historieta escrita y dibujada por Quino. Nacida en 1964 a pedido de una empresa de publicidad para promocionar la nueva línea de electrodomésticos Mansfield de la empresa Siam Di Tella, la tira fue creciendo a lo largo de casi diez años hasta convertirse en un reflejo de las clases medias urbanas en expansión. A los elementos típicos de la época que se encuentran en este relato sobre su origen –publicidad, americanización de la cultura, industria nacional, consumo masivo–, su desarrollo sumó las familias nucleares con roles fijos e ingresos estables gracias a empleos monótonos del sector terciario, ciertos personajes modernizadores como el ejecutivo, los hippies y los Beatles, la omnipresencia de los medios de comunicación, la lucha generacional, la Guerra Fría y un Estado fuerte y cuestionado en instituciones como la escuela, el poder ejecutivo o las fuerzas de seguridad.

Mafalda es también un excelente fresco de la situación educativa de la época, lo que tal vez explica que sea una presencia constante en la escuela

* Aclaración preliminar: esta conferencia tuvo su origen en una ocurrencia en una clase que de a poco fue cobrando densidad y vida propia. Por eso se lo concibe como un texto inacabado e inacabable por no tener publicación definitiva. Dos motivos se suman a la decisión de mantenerlo como trabajo inconcluso: por un lado, privilegiar la exposición como su mejor forma de transmisión, y, por otro lado, evitar “fossilizarlo” para que siga creciendo mediante nuevos aportes propios o ajenos.

La versión que aquí se presenta –jamás última– corresponde a la conferencia de clausura que presenté al VII Congreso Iberoamericano de Historia de la Educación Latinoamericana , CIHELA, celebrado en Quito entre el 13 y el 16 de septiembre de 2005. La conferencia está dedicada a la memoria de mi querida maestra Cecilia Braslavsky.

desde hace aproximadamente tres décadas. Las ediciones se mantienen a lo largo de los años, y nuevos lectores formados en las aulas se suman a sus huestes de fanáticos. Sus imágenes se utilizan para ilustrar láminas, cuadernos y pizarrones, sus tiras se usan en cursos de capacitación docente, en reuniones de padres y en textos escolares, y sus chistes y frases son recordados en charlas de salas de profesores. En 1995, la ordenanza 48946/95 de la Intendencia de Buenos Aires, estableció que Mafalda es material “de interés educativo”, por lo que todas las escuelas deben tener al menos un ejemplar en su bibliotecas y los docentes estimular su lectura.

En este trabajo queremos explotar su potencial para analizar cómo los distintos personajes desgranar diferentes formas de vivir la infancia de las clases medias urbanas de la época en las que ya se inscriben sus devenires posteriores. Sus infancias se tejieron en la trama moderna que unía al Estado, a la familia y al futuro con la escuela como punto de engarce. La vida de todos ellos, habitantes de un barrio típico de Buenos Aires –San Telmo–, circulaba entre espacios públicos como la escuela, la plaza y la vereda, y privados como su hogar y la de los amigos, en su casi totalidad departamentos “funcionales” en los que empezaba a reinar la televisión. La experiencia escolar –indudablemente estatal– era un importante motor articulador de su cotidianeidad, a la que dedicaban mucho tiempo, pasiones y energía. La mayoría de ellos fueron al jardín de infantes que se expandía en aquellos años, y si bien la historieta concluye antes de que terminen la escuela primaria, es posible suponer que también fueron a la secundaria y que algunos intentaron los estudios superiores que ya proyectaban en un camino prefijado de ascenso social.

LOS PRIMEROS PERSONAJES

El núcleo original de la historieta, publicada en el semanario *Primera Plana* de 1964 y en el diario *El Mundo* entre 1965 y 1967, estaba compuesto por Mafalda –una niña de aproximadamente cuatro años que en 1966 festejó sus seis años (558,3),¹ aunque luego declaró haber nacido en 1962–, su madre y su padre, al que pronto se sumaron Felipe –un año mayor que Mafalda–, Manolito, y finalmente Susanita. En esta primera etapa, los personajes un tanto estereotipados fueron poco a poco complejizándose y sumando ri-

1. Todas las referencias que se hagan a la historieta en este trabajo provienen de Quino, *Toda Mafalda*, Buenos Aires, Ediciones de La Flor, 1993. Usaremos el siguiente sistema de citación: en un paréntesis pondremos, en primer lugar, el número de página, y en segundo lugar a la tira. Así, la notación (100,2) se refiere a la segunda tira presente en la página 100 de la publicación referida.



El 15 de marzo de 1966 Quino festeja el primer aniversario de *Mafalda* en el diario "El Mundo", al mismo tiempo que en la ficción el personaje cumple seis años.

15 marzo '66

queza. Años más tarde, en 1966, se incorporó Miguelito, un buen ejemplo de estos cambios.

Mafalda, la protagonista de la tira, es la menos "infantil" de toda la banda. El juego ocupa una parte poco importante de su tiempo, a diferencia del seguimiento de la actualidad internacional. Le importan más la Guerra de Vietnam y la invasión a Santo Domingo que las muñecas. En muchos casos integra ambas actividades, como cuando acuna y protege al globo terráqueo (135,3 a 5). Este interés por el contexto se vincula con una serie de valores como la solidaridad, la democracia y la justicia, que se radicalizaron cada vez más a lo largo de los años.

Conviviendo con esos sentimientos nobles, Mafalda es, desde el comienzo de la historieta, absolutamente impiadosa con sus padres, a quienes no les perdona haber acatado sus destinos sociales y de género. Su cuarto es "la sección usados", (430,2) y a su padre lo llama de la forma "menos respetuosa" (128,5). Su madre es tildada de "mediocre" en distintas ocasiones (546,2), (98,4), (396,4), y es increpada por haber abandonado sus estudios (542,1 a 4) y por aceptar su lugar exclusivamente doméstico en lugar de "vivir" (249,3), (303,3), (311,1), (383,5), (497,1).

Por extensión, esta relación de oposición se traslada a todos los adultos. Es destacable la casi total ausencia de abuelos o tíos en la tira, salvo referencias menores, aún cuando eran figuras muy presentes en las infancias de la época. El símbolo de la opresión de los mayores es la sopa, "mala palabra" (100,5) y "cossa nostra" (231,3). Mafalda vive al tiempo de la lucha generacional que se desató a fines de la década, y por momentos parece ser una protagonista de su contemporáneo *Diario de la Guerra del Cerdo* de Adolfo Bioy Casares (149,1), (199,5), (260,3), (301,5), (406,2). Poco a poco ella, la más "esclarecida" al respecto, fue sumando el resto de su banda a la lucha (142,5). Miguelito no duda en lanzarle un camión por la cabeza a un joven, anticipando futuros enfrentamientos (453,5), y cuando se reúnen todos los amigos organizan charlas a puertas cerradas (423,3) y proclamas desde tarimas en defensa de sus derechos (477,2), (508,1).

Las preguntas y acotaciones de Mafalda descolocan a su receptor, y dan cuenta de una adultez que, si bien no comprende a las nuevas generaciones, empieza a reconocer sus inquietudes como válidas y serias (57,4), (67,5), (271,5). Los recuerdos sobre sus propias infancias no parecen ser muy gratos (325,5), y buscan ayudar a sus hijos a habitar la propia de forma más feliz. Muchas veces, incómodos en esa situación, débiles e inseguros, los mayores ven su autoridad fuertemente cuestionada por la nueva generación y tratan de construir una nueva respuesta acorde con los tiempos. Dudan sobre la educación de sus hijos y leen material sobre el tema (67,5). Es casi posible imaginarlos consultando la “Escuela para padres” de Eva Giberti. Casi no apelan al castigo físico, al que probablemente consideran perimido, y en ciertas ocasiones solo el Nervocalm parece venir en su ayuda (57,3), (292,1).

Con la escuela, Mafalda mantiene una relación ambigua. Antes de ingresar se muestra ansiosa, y luego pareciera alcanzar un buen rendimiento (165,1). Pero a lo largo del tiempo comienza a presentársele como una propuesta aburrida y obsoleta. En diversas tiras cuestiona sus rituales perimidos y sus contenidos desactualizados (375,5), y le exige modernización. Pide hablar de Johnson y Fidel Castro (131,5), cantar canciones de los Beatles (335,5), y terminar con ciertas prácticas y temas anquilosados (219,1). Quiere que le enseñen “cosas realmente interesantes” (128,4). Desde su mirada, Mafalda quiere y confía en la escuela, pero cree que debe ser modificada de acuerdo con las nuevas épocas.

Los primeros compañeros de andanzas de Mafalda muestran ciertas características de infancias más tradicionales, tal vez para remarcar el carácter moderno de la protagonista. El primero en aparecer es Felipe. Aunque inspirado en Jorge Timossi, un periodista amigo de Quino, y con ciertos tintes existencialistas, ese niño de dientes de conejo representa al autor y a su infancia típica de los sectores medios de los cuarenta. Para Felipe, la escuela es una máquina disciplinadora terrible y enormemente poderosa contra la que es imposible rebelarse. Es un espacio de sufrimiento (124,4), (127,5), (212,2), (213,1), (268,3), (352,4) que llega incluso a semejarse a un campo de concentración (389,4). Muy a su pesar, Felipe es un buen alumno que cum-



ple exitosamente con las tareas, obtiene felicitaciones de sus docentes, y padece enormemente sus consecuencias: recibe de la escuela “las peores alegrías que le dieron jamás” (344,4).

Su única defensa es la imaginación –que se despierta antes que él (449,1)–, y la fantasía, con las cuales soporta un presente insoportable (239,5). Sus “otros yos”, como un astronauta (221,5) o el Llanero Solitario (321,4), (254,1), le abren una puerta para huir en clave individual y anónima de un mundo opresor en el que la escuela ocupa un sitio de privilegio (260,5). No busca socializar ni compartir su personalidad, porque “su angustia no es un conventillo” (365,3), sino solo refugiarse y protegerse un tanto autísticamente en sus mundos propios.

El personaje de Manolito ejemplifica otra infancia estereotipada remanente de la época de Quino. De hecho, está inspirado en un mayor, el padre del amigo de Quino Julián Delgado, que tenía una panadería en San Telmo. Es el único de los niños que asume ciertas actividades típicamente “adultas” como trabajar u obtener dinero, y no comparte gustos “típicos de su edad” como los Beatles (149,3). Representante del menor inmigrante, siempre al borde de la exclusión social, debe todos los días ganarse su lugar en la sociedad ya que no lo ocupa por “derecho” como el resto de los miembros de la pandilla. No fue al jardín de infantes (102,4), no tiene vacaciones (121,1), (124,2), (371,4), y muchas veces es castigado físicamente (94,2), (110,1), (130,4), (229,4), hasta premiado con un “round de cariño” por su padre (405,3). Su futuro no le depara dudas: sabe que se moverá siempre dentro del mundo del comercio y del dinero (242,1), en el que demuestra formas de inteligencia impensables para sus amigos (355,1).

En la escuela, Manolito es un ejemplo típico del determinismo biológico hegemónico en la pedagogía argentina de comienzos de siglo, que establecía desde el comienzo quiénes triunfarían en el terreno educativo y quiénes no tenían esperanzas. Su fenotipo y su genotipo gallegos lo vuelven un sujeto imposibilitado para aprender independientemente de las prácticas de enseñanza que se le propongan (125,5), (141,1), (142,4), (249,2). Salvo por las matemáticas (331,3), el resto de la cultura escolar le parece incomprensible e inútil. Calca los mapas al revés (424,4), cree que el Everest es navegable (477,3), que la Tierra es plana (178,4) y que Juan de los Palotes fue un personaje histórico (233,3).

Finalmente, del grupo original solo nos resta referirnos a Susanita. Este personaje surge en clara oposición a Mafalda, buscando hacerse cargo de los rasgos “femeninos” clásicos ausentes en la protagonista de la tira. También con cierto estereotipo, encarna un modelo de mujer en franco retroceso para la década del sesenta. Algunos chistes de peleas entre Susanita y Mafalda pueden leerse como la oposición de género del siglo XIX y el XX, respecto a las ventajas de tener vestidos o cultura (92,1), y sobre qué es más impor-

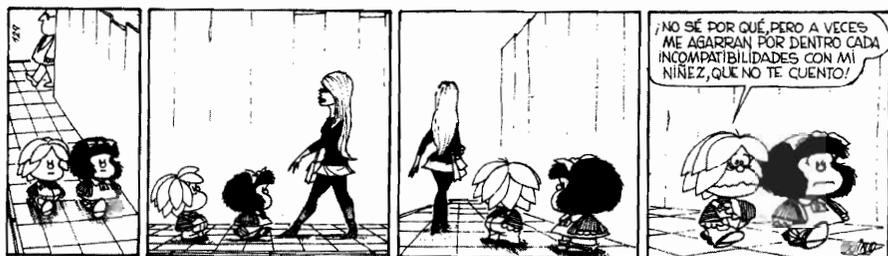
tante: cuántos hijos tener o si el mundo está lleno de líos (439,5). Competidora, chismosa, envidiosa, sumida en lo doméstico, ante todo “madre”, “Premio Nobel de la Clase Media” (al decir de Mafalda), Susanita es la ridiculización de la figura de la mujer que combatía el feminismo de la época.

De acuerdo a esto, el sistema educativo se le presenta a Susanita como un lugar de paso, que pareciera no estar destinado a dejar una huella profunda en su vida (125,3) porque no se puede “congeniar próceres con ravioles” (212,3). Su única ventaja –para nada despreciable– sería conseguir allí las credenciales que le permitan aspirar a un buen marido o a formar a su hijo como doctor, para honra propia y admiración ajena. De hecho, es quien protagoniza menos tiras de situaciones escolares.

Como ya hemos sostenido, estos primeros personajes responden a modelos de infancia que, si bien estaban aún presentes en los sesenta, no representan la novedad de entonces. En realidad, Quino parece estar hablando muchas veces más de su escolaridad en los cuarenta, que la de Mafalda. Por ejemplo, los personajes siguen haciendo páginas de palotes (558,2), práctica que ya estaba casi erradicada por las nuevas teorías pedagógicas. Pero avanzada la tira, años más tarde, aparecen personajes más típicos del momento, así como los viejos mutan y fortalecen sus aristas más modernas, en el contexto de una escuela que empieza a mostrarse en jaque. Veamos estos puntos en el próximo apartado.

MUDANZAS Y MODERNIZACIONES

Hacia 1966, todavía en el diario *El Mundo*, hace su aparición un nuevo personaje: Miguelito, un año menor que Mafalda, y con el reingresan a la tira los años sesenta. Si bien sus padres –en especial su madre obsesiva de la limpieza (157,5), (163,2)– responden a pautas clásicas, el nuevo personaje representa las nuevas formas de crianza presentes en esa década. Ingenuo, tierno y egoísta, Miguelito parece haber sido criado por ávidos lectores de Winnicott y Escardó. Es un personaje que ejemplifica las nuevas concepciones de infancia de su época: está freudianamente sexuado (483,4) –contra los enamoramientos eternos y platónicos de Felipe (213,5), (406,3) (412,1) y Susanita (231,1)–, y responde a lo que Piaget denominaba “egocentrismo epistémico” cuando cree que su dedo es más grande que una torre solo por el hecho de ser suyo (295,5). Realiza asociaciones insólitas –como querer escuchar su huella digital en un tocadisco (269,1)–, y desconoce elementos típicos del mundo adulto –llama al dinero “papelitos que sirven para comprar cosas” (202,5)– porque habita el propio con independencia y autosuficiencia. El futuro le preocupa bien poco, y opta por concentrarse en el presente. So-



lo espera “lo que le dé la vida” (169,4 y 5), ya que existe una sociedad en expansión representada por el Estado benefactor que vela por satisfacer las necesidades y derechos de los menores integrados.

Se propone habitar la escuela desde el juego y la ingenuidad. Él es quien pone las reglas de funcionamiento (340,3), (347,3), (445,3) (528,1). Responde a sus docentes con ternura y cierta insolencia sin visos de miedo o falta de respeto, como cuando intenta justificar no haber hecho los deberes porque le sucedieron una serie de catástrofes terribles (218,3).

Mudados nuevamente al Semanario *Siete Días* desde 1968, en 1970 hace allí su aparición Libertad, quien desde su nombre —que desata “conclusiones estúpidas” cuando la conocen (373,3)— hace referencia a sus posiciones, y trae con ella a la década de los setenta. Se define como “simple”, aunque encarna una de las personalidades más enroscadas de toda la tira. El nuevo personaje representa la radicalización política que tomó la modernización cultural después del Cordobazo (456,2). De hecho, es la única que mantiene con Mafalda conversaciones sobre política.

Sus padres también coinciden con esa caracterización, y desentonan con sus pares. Son exponentes del Mayo francés, amantes de la revolución y del socialismo (424,5), (432,1), y conocedores del existencialismo (383,2). De todas maneras, su hija considera que muchas veces, sin darse cuenta, se “ponen papafritas” como el resto de la gente grande (373,5). Su madre parece ser la única del grupo que ha terminado estudios superiores —es traductora de francés—, con lo que aporta ingresos para el sostenimiento del hogar.

Libertad mantiene con la escuela un vínculo de total impugnación, al punto tal de desconocerle todo tipo de autoridad. Descrece absolutamente de sus rituales como la lección, a la que sus compañeros se someten con una buena cuota de miedo y temor. Cuando es llamada al frente, le responde a su maestra con desparpajo desde un vínculo simétrico (420,3), (429,4), (433,5), (474,1) (523,2). Para ella, el futuro se construye en las calles y no en las aulas.

Antes de la llegada de Libertad, el 21 de marzo de 1968, en los seis meses que distan entre el cierre de *El Mundo* y la mudanza a *Siete Días*, nació

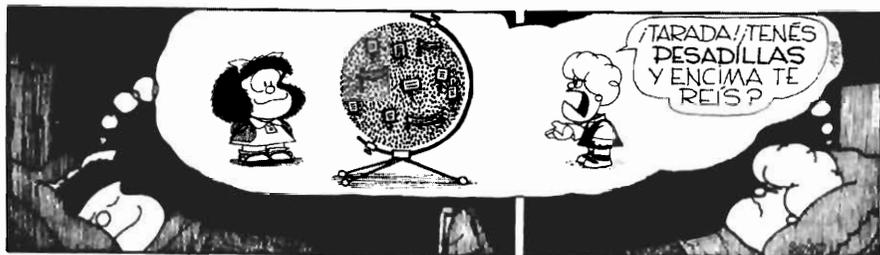
Guille, el hermano de Mafalda. Para su creación Quino se inspiró en uno de sus sobrinos. Rápidamente adoptó un lugar importante en la tira, tal vez porque anticipaba rasgos de la generación siguiente. A diferencia del resto de los personajes, Guille se perfila como un joven de los ochenta. No coincide con Mafalda en la lucha generacional –le gusta la sopa, hecho que su hermana vive como una traición (345,4), (375,3)–, pero tampoco respeta a los mayores, a quienes parece no necesitar y considera un tanto molestos (337,2), (343,5), (387,1 y 5), (417,3), (506,5). En algunas ocasiones, incluye entre ellos a la protagonista de la historieta (414,1), cuya cultura le es a veces extraña y aburrida, al punto de quedarse dormido escuchando a los Beatles (412,3), ya que escuchará a Sex Pistols y The Clash. Mantiene un vínculo con su cuerpo distinto al resto de los personajes: altamente sexuado (430,3), se pasea desnudo por su casa sin pudor ni exhibicionismo (350,1 y 2), (462,4), a la vez que tiene la teoría de que “peinarse pincha las ideas” (512:3). Desfachatado, independiente y hedonista, se emparenta en algunos rasgos con Miguelito y en otros con Mafalda y Libertad. La tira no nos permite conocer su vínculo con la institución escolar, pero podemos suponer que fue un alumno al que la escuela no le preocupó mucho, y la transitó más como un espacio de encuentro con sus pares, que de realización de aprendizajes útiles para la construcción del futuro.

En algunas ocasiones, estos niños de clase media se enfrentan con las “infancias pobres” y presentan diferentes respuestas. Al ver un acto de limosna en la puerta de una iglesia, Mafalda demuestra su conciencia social queriendo ponerse un apósito en el alma (301,2). Susanita opta por la beneficencia al darle a un niño pobre un pedazo de piolín de su globo (402,1), y Miguelito, típico exponente del chico criado en el Estado benefactor, propone refugiarse callado en su casa, al enfrentarse con un menor que trabaja de lustrabotas (466,4). En estos gestos ya se estaban escribiendo sus futuros.

FUTUROS PREDECIBLES Y NO TANTO

Finalmente, en medio del turbulento junio de 1973, Mafalda dejó de salir por decisión de su autor. Si bien hubo posteriores apariciones esporádicas, se cerró allí el ciclo abierto nueve años antes, en la que la historieta había reflejado buena parte de los cambios ocurridos en la sociedad argentina.

La última de las tiras tiene un notable carácter premonitorio (529,5). En ella, compuesta por un solo cuadro, se ve a Mafalda y a Susanita soñando el mismo sueño: un mundo lleno de gente con pancartas. Y mientras Mafalda sonríe, su amiga le dice: “¡Tarada! ¿Tenés pasadillas y encima te reís?”. Solo tres años más tarde, el 24 de marzo de 1976, esa pesadilla anticipatoria se



volvería realidad. Quino ha sostenido en diversas ocasiones que en la actualidad Mafalda sería una desaparecida. Según su autor, esa niña que le pedía a la escuela que le enseñara cosas importantes y escribía canciones de protesta llamadas “Los buenos empezamos a cansarnos” (281,1) terminó sus días arrojada viva desde un avión al Río de la Plata.

Hipoteticemos cómo reaccionaron los distintos personajes al enterarse de esa noticia. Qué hizo Libertad, qué pensó Miguelito? Es probable que Susanita haya justificado el hecho con frases como “Por algo será”, “En algo andaría”, o “Siempre tuvo ideas raras”. Hoy casi nunca se refiere o piensa en eso. Casada de apuro, no fue feliz en su matrimonio y tampoco logró que ninguno de sus tres hijos llegara a médico aunque los mandó a una escuela privada.

Felipe y Miguelito negaron la desaparición. Dijeron “No puede ser”, “Ya va a aparecer”, o “Eso en este país no pasa”, hasta que la fuerza de los hechos los llevó tardíamente a aceptarlos. Hoy, Felipe es un ingeniero con buena posición y una úlcera incipiente, y figuró en la lista de reservistas no convocados en la Guerra de Malvinas. Miguelito es un comerciante simpático que ya va por su tercer matrimonio. Cada vez que se encuentran de casualidad no nombran a la amiga perdida, pero se mueren de ganas de hacerlo.

Manolito fluctúa entre esas dos posiciones. Ya de adulto se dedicó a las finanzas y hace unos años se radicó en Miami, donde vive con su secretaria cubana veinte años más joven. Por las dudas, obtuvo la nacionalidad europea. El almacén de su padre quebró por no poder competir contra los supermercados de capitales internacionales. El local es hoy un cybercafé.

Libertad se exilió. Hoy sufre el continuo ir y venir de México o Barcelona sin lograr estar cómoda en ningún lado, con un hijo que se quedó allá y otro que volvió con ella. Si hubiera tenido una nena le habría puesto el nombre de su compañera de plaza.

Raquel, la madre de Mafalda, recordó que ella nunca le había perdonado haber abandonado los estudios, decidió que era momento de recuperar esa energía, se puso un pañuelo blanco en la cabeza, y salió a la Plaza a exigir que le dijeran adónde se habían llevado a su hija. Hoy está pasando su

vejez como nunca lo hubiera creído. Como tantas otras, fue catapultada del tedio y la seguridad de su cocina a enfrentar al monstruo más terrible que pisó esta tierra. Sigue usando el mismo marco de anteojos de entonces.

El padre de Mafalda, “uno rubio, gordito” (412,3), murió de un accidente cardiovascular en los primeros años de la recuperación democrática. Debe decirse que nunca logró dejar de fumar, y que había empezado a tomar a escondidas.

Guille estudió diseño gráfico y toca en una bandita de rock. Fue padre muy joven. Concorre a los Escraches, y se acuerda todos los días de su hermana porque nunca pudo llenar “ese agujerito que siente adentro cuando no está” (421,5). Por eso, cuando alguien intenta explicarle algo al respecto, sanamente lo insulta de arriba a abajo.

Para finalizar este relato, nos falta nombrar a un personaje tan importante como terrible: el torturador. Quién picaneó a Mafalda? Quién la golpeó hasta desmayarla? Ni la genialidad de Quino pudo anticipar semejante horror, pero sin duda ese ser siniestro también compartió los mismos espacios públicos que venimos presentando. En alguna de las tiras sobre la escuela en las que no se distinguen caras, perdido en el montón, puede que una de esas cabezas sea la suya (127,3). Y quizá, como nos dijo una vez una alumna, años más tarde se casó con Susanita.

Al terminar la tira, en 1973, era todavía difícil pronosticar futuros tan diversos. Tal vez fueron distintos a los que aquí imaginamos, pero lo que sí es seguro es que estos personajes, de niños, habían compartido experiencias que claramente les impactaron de forma distinta. En la escuela pública de la década de los sesenta, Mafalda aprendió a desaparecer, Libertad a exiliarse, Susanita a decir “Por algo será”, y Felipe a no ver. No fue un espacio inocente y preservado como muchas veces quiere presentarse, sino un lugar donde se fraguaron parte de los destinos de quienes la habitaban. En algún registro de todos los que produjo la escuela se fueron inscribiendo las marcas sobre las que se construyeron las experiencias adultas. La adhesión a máximas como “Liberación o dependencia”, “Los argentinos somos derechos y humanos” o “Con la democracia se come, se cura y se educa” se fueron larvando, no en forma exclusiva pero tampoco en forma desdeñable, en aquellas vidas infantiles atravesadas por la impronta escolar.